

Verá el alma distintamente todas las gracias que Dios le dio, librándola de tantas tentaciones y peligros de perderse, y reconocerá que aquellas tribulaciones, enfermedades, persecuciones y desengaños que ella llamaba desgracias y tenía por castigos, eran señales de amor de Dios, y medios que la divina Providencia usaba para llevarla al cielo.

Conocerá singularmente la paciencia con que Dios la esperó después de haberle ella ofendido tanto, y la excelsa misericordia con que la perdonó y colmó de ilustraciones y llamamientos amorosísimos. Desde aquellas venturosas alturas verá que hay en el infierno muchas almas condenadas por culpas menores que las de ella, y se aumentará su gratitud por hallarse santificada, en posesión de Dios y segura de no perder jamás el soberano e infinito Bien.

Eternamente gozará el bienaventurado de esa incomparable felicidad, que en cada instante le parecerá nueva, como si entonces comenzase a disfrutarla. Siempre querrá esa dicha y la poseerá sin cesar; siempre deseosa y siempre satisfecha, ávida siempre y siempre saciada. Porque el deseo, en la gloria, no va acompañado de temor, ni la posesión engendra tedio.

En suma: así como los réprobos son vasos de ira, los elegidos son vasos de júbilo y de ventura, de modo que nada les queda por desear. Decía Santa Teresa que aun acá en la tierra, cuando Dios admite a las almas en aquella regalada cámara del vino, es decir, de su divino amor, «*tan felizmente las embriaga, que pierden el afecto y afición a todas las cosas terrenas*». Mas al entrar en el Cielo, los elegidos de Dios serán mucho más perfecta y plenamente «*embriagados de la abundancia de su casa*» (Sal. 35 9), como dice el profeta David. Entonces el alma, viendo cara a cara y uniéndose al sumo Bien, presa de amoroso deliquio, se abismará en Dios, y olvidada de sí misma, sólo pensará en amar, alabar y bendecir aquel infinito Bien que posee.

Cuando nos aflijan las cruces de esta vida, esforcémonos en sufrirlas pacientemente con la esperanza puesta en el Cielo. A Santa María Egipciaca, en la hora de la muerte, preguntó el abad Zósimo cómo había podido vivir tantos años en aquel desierto, y la Santa respondió: «Con la esperanza de la gloria...». San Felipe Neri, cuando le ofrecieron la dignidad de cardenal, arrojando el capelo lejos de sí, exclamó: «El Cielo, el Cielo es lo que yo deseo».

Así, nosotros, cuando nos atormenten y angustien las penas de este mundo, alcemos al Cielo los ojos, y consolémonos suspirando por la felicidad eterna. Consideremos que, si somos fieles a Dios, en breve acabarán esos trabajos, miserias y temores, y seremos admitidos en la patria celestial, donde viviremos plenamente venturosos mientras Dios sea Dios.

Allí nos esperan los Santos, allí la Virgen Santísima; allí Jesucristo nos prepara la inmarcesible corona de aquel perdurable reino de la gloria.

Meditando con San Alfonso

La gloria del cielo

Procuremos sufrir con paciencia las tribulaciones de esta vida, ofreciéndolas a Dios en unión de los dolores que Jesucristo sufrió por nuestro amor, y alentémonos con la esperanza de la gloria. Algún día acabarán estos trabajos, penas, angustias, persecuciones y temores, y si nos salvamos, se nos convertirá en gozo y alegría inefables en el reino de los bienaventurados.

Así nos alienta y reanima el Señor: «*Vuestra tristeza se convertirá en alegría*» (Jn. 16 20). Meditemos, pues, sobre la felicidad de la gloria...

1º Gozo de un alma al entrar en el cielo.

Mas ¿qué diremos de esta felicidad, si ni aun los Santos más inspirados pudieron expresar las delicias que Dios reserva a los que le aman? David sólo supo decir que la gloria es el bien infinitamente deseable (Sal. 83 3)... ¡Y tú, San Pablo, insigne, que tuviste la dicha de ser arrebatado a los Cielos, dinos algo siquiera de lo que viste allí! «*No –responde el gran Apóstol–; lo que vi no se puede explicar*» (II Cor. 12 4); «*sólo diré que nadie en la tierra ha visto, ni oído, ni comprendido las bellezas y placeres que Dios tiene preparados para los que le aman*» (I Cor. 2 9).

No podemos acá imaginar los bienes del Cielo, porque sólo nos formamos una idea de los que este mundo nos ofrece... Si, por maravilla, discursiese un animal, y supiese que un rico señor iba a celebrar espléndido banquete, imaginaría los exquisitos y selectos manjares semejantes a los que él usa, porque no podría concebir nada mejor como alimento. Así discurremos nosotros, pensando en los bienes de la gloria...

¡Qué hermoso es contemplar en noche serena de estío la magnificencia del cielo cubierto de estrellas! ¡Cuánta hermosura la de un jardín lleno de flores y frutos, circundado de fuentes y arroyuelos y poblado de lindos pajarillos que cruzan el aire y le alegran con su canto armonioso!... Diríase que tantas bellezas son el paraíso... Mas no: muy otros son los bienes y hermosura de la gloria.

Para entender confusamente algo de ello, considérese que allí está Dios omnipotente, colmando, embriagando de gozo inenarrable a las almas que El ama. «*¿Queréis entrever lo que es el Cielo? –decía San Bernardo–. Pues sabed que allí no hay nada que nos desagrade, y existe todo bien que deleita*». ¡Oh Dios! ¿Qué dirá el alma cuando llegue a aquel felicísimo reino?

Imaginemos que un joven o una virgen, consagrados toda su vida al amor y servicio de Cristo, acaban de morir y dejan ya este valle de lágrimas. Preséntase el alma al juicio; abrázala el Juez, y le asegura que se ha salvado. El ángel custodio la felicita y acompaña, y ella le muestra su gratitud por la asistencia que le debe. «Ven, pues, alma hermosa –le dice el ángel–; regocíjate, porque te has salvado; ven a contemplar a tu Señor». Y el alma se eleva, traspone las nubes, pasa más allá de las estrellas y entra en el Cielo...

¿Qué sentirá el alma al penetrar por vez primera en aquel venturoso reino y ver aquella ciudad de Dios, dechado insuperable de hermosura?... Los Angeles y Santos la reciben gozosos y le dan amorosísima bienvenida... Allí verá con indecible júbilo a sus Santos protectores y a los deudos y amigos que la precedieron en la vida eterna, los cuales la llevarán a que bese los pies de la Reina de los Cielos, y el alma sentirá inmenso deliquio de amor viendo a la excelsa y divina Madre, que tanto la auxilió para que se salvase, y que ahora le tiende sus amantes brazos y le deja conocer cuantas gracias le obtuvo...

Acompañada por esta soberana Señora, llegará el alma ante nuestro Rey Jesucristo, que la recibirá como a esposa amadísima, y le dirá: «Ven del Líbano, esposa mía; ven y serás coronada» (Cant. 4 8); alégrate y consuélate, que ya acabaron tus lágrimas, penas y temores; recibe la corona inmarcesible que te conseguí con mi Sangre... Jesús mismo la presentará al Eterno Padre, que la bendecirá, diciendo: «Entra en el gozo de tu Señor» (Mt. 25 21), y le comunicará bienaventuranzas sin fin, con felicidad semejante a la que Él disfruta.

2º En el cielo todo es gozo y contento.

Apenas empiece el alma a gozar de la divina beatitud, ya no habrá nada que la aflija. «Y enjugará Dios toda lágrima de sus ojos, y no habrá ya muerte, ni llanto, ni clamor, ni dolor, porque las cosas de antes pasaron. Y dijo el que estaba sentado en el trono: He aquí que Yo hago nuevas todas las cosas» (Apoc. 21 4-5).

No hay en el cielo enfermedades, ni pobreza, ni mal ninguno. No existen allí la sucesión de días y noches, de calor y frío, sino un eterno día siempre sereno, continua primavera deleitosa y sin fin. No hay persecuciones ni envidias, ya que en aquel reino de amor todos se aman tiernísimamente, y cada cual goza del bien de los demás como si fuera el suyo propio.

No se conocen allí angustias ni temores, porque el alma confirmada en gracia no puede pecar ni perder a Dios. Todas las cosas ostentan renovada y completa hermosura, y todas satisfacen y consuelan. La vista gozará admirando aquella ciudad de perfecta belleza (Lam. 2 15).

Nos parecería delicioso espectáculo ver una población cuyo suelo fuese de límpido cristal, las viviendas de bruñida plata, cubiertas de oro purísimo y adornadas con guirnalda de flores... ¡Pues mucho más hermosa es la ciudad de la gloria! ¡Y qué será el ver aquellos felices moradores con reales vestiduras, porque, como dice San Agustín, todos son reyes! ¡Qué el contemplar a la Virgen María, más hermosa que el mismo Cielo; y al Cordero sin mancha, a nuestro Señor Jesucristo, divino Esposo de las almas!

Habrán en las celestiales moradas regaladísimos perfumes, aroma de gloria, y se oirán allí música y cánticos de sublime armonía... Oyó una vez San Francisco, por breves instantes, el sonido de esa armonía angélica, y creyó que iba a morir de dulcísimo gozo... ¡Qué, será, pues, el oír los coros de Angeles y Santos, que, unidos, cantan las glorias divinas (Sal. 83 5), y la voz purísima de la Virgen inmaculada que alaba a su Dios!... Como el canto del ruiseñor en el bosque excede y supera al de las demás ave-cillas, así la voz de María en el Cielo... En suma: habrá en la gloria cuantas delicias se puedan desear.

Y estos deleites hasta ahora considerados son los bienes menores del Cielo. El bien esencial de la gloria es el Bien sumo: Dios. El premio que el Señor nos ofrece no consiste sólo en la hermosura y armonía y deleites de aquella venturosa ciudad; el premio principal es Dios mismo, es amarle y contemplarle cara a cara.

Esta felicidad de amar a Dios y verle cara a cara no podemos comprenderla en este mundo. Pero algo nos es dado entrever, sabiendo que el atractivo del divino amor, aun en la vida mortal, llega a elevar sobre la tierra no sólo el alma, sino hasta el cuerpo de los Santos. San Felipe Neri fue una vez alzado por el aire con el escaño en que se apoyaba. San Pedro de Alcántara se elevó también sobre la tierra asido a un árbol, cuyo tronco quedó separado de la raíz.

Sabemos también que los Santos mártires, por la suavidad y dulzura del amor divino, se regocijaban padeciendo terribles dolores. San Lorenzo, tendido en las candentes parrillas sobre el fuego, decía al tirano con asombrosa serenidad: «Vuélveme y devórame, porque encendido en el fuego del divino amor, no siento el incendio que me abrasa».

Además, ¡cuán suave dulzura halla el pecador al llorar sus culpas! «Si tan dulce es llorar por Ti –decía San Bernardo–, ¿qué será gozar de Ti?». ¡Y qué consolación no siente el alma si un rayo de luz del Cielo le descubre en la oración algo de la bondad y misericordia divina, del amor que le tuvo y tiene Jesucristo! Parece al alma que se consume y desmaya de amor. Y, sin embargo, en la tierra no vemos a Dios como es; le vemos entre sombras.

Tenemos ahora como una venda ante los ojos, y Dios se nos oculta tras el velo de la fe. Mas ¿qué sucederá cuando desaparezca esa venda y se rasgue aquel velo, y veamos cuán hermoso es Dios, cuán grande y justo, perfecto, amable y amoroso? (I Cor. 13 12).

3º En el cielo se ama a Dios por toda la eternidad.

La mayor tribulación que aflige en este mundo a las almas que aman a Dios y están desoladas es el temor de no amarle y de no ser amadas de El (Ecl. 9 1). Mas en el cielo el alma está segura de que se halla venturosamente abismada en el amor divino, y de que el Señor la abraza estrechamente, como a hija predilecta, sin que ese amor pueda acabarse nunca; antes bien, se acrecentará en ella con el conocimiento altísimo que tendrá entonces del amor que movió a Dios a morir por nosotros y a instituir aquel Santísimo Sacramento en que el mismo Dios se hace alimento del hombre.